Año V — Avellaneda, 1.º de Mayo 1928 — No. 66

Dirección: Méjico 674 Piñeyro (Avellaneda) F. C. S. P. de Bs. Aires

RENOVACIÓN

Número suelto: 10 centavos

Publicación Quincenal Anarquista

SINTESIS de una TRAGEDIA

En torno a la fecha de hoy

HAN dejado de animar el alma de las multitudes oprimidas las reminiscencias de la espantosa tragedia con que se iniciara la historia de una de las tantas reivindicaciones a que se sintieran impulsadas por la suprema necesidad de sobrevivir a la cada vez más angustiosa situación de explotadas y vilipendiadas por las turbas del privilegio. El 1º. de Mayo no es ni día de recordaciones ni de esperanzas. El tiempo borró su significación histórica en el gran libro de las gestas del trabajo, y sólo queda como una manifestación de la rutina que lo consagrara entre las celebraciones banales del vulgo, ávido de ofrendar a la tradición su culto inveterado.

Poco importa la cantidad y variedad de los factores convergentes a desnaturalizar el origen, trayectoria y proyecciones de esta gran fecha, si al fin de cuentas no interesa al pensamiento revolucionario más que como uno de los tantos episodios con que se nutren los anales de sus luchas por el triunfo de la justicia en el mundo, episodio hasta cierto punto eclipsado por una multitud de otros muchos no menos sombríos. No nos inquieta, no puede inquietarnos, la idea de rehabilitar en el concepto público una impresión legendaria de nuestra acción pretérita, por la sencilla razón de que no se edifica mejor el futuro venerando la memoria de los caídos en el desigual combate por lograrlo, y sólo se propende a erigir el fetichismo donde sólo debe beligerar el raciocinio; a prolongar la tendencia mesiánica del espíritu humano, en vez de robustecerlo con la alta noción de su capacidad creadora. Ejemplos incomparables de abnegación se han registrado desde Chicago acá en el terreno de las grandes gestaciones, donde se abona con el esfuerzo generoso de las legiones anónimas del trabajo y el pensamiento, el mundo nuevo, sin que se inmortalizara su recuerdo ni pasaran a la posteridad los nombres invictos de sus autores. Y no es por ingratitud con las figuras soberbiamente varoniles de nuestro mundo revolucionario, que esa indiferencia nos singulariza como una excepción entre los espíritus idolátricos que forman la innúmera legión de las gentes mediocres, sino por respeto al propio sacrificio de esos héroes sublimes, a quienes inspirara el noble afán de libertar la vida de las cadenas que la atan al prejuicio añejo, una de cuyas manifestaciones se expresa por la adoración a los muertos. El mejor tributo que pudiera rendirse a su memoria, cuando es legado precioso para los acervos de la justicia, como la de los inmolados sobre el cadalso fatídico en 1887, sería el de propulsar denodadamente, sin cálculos ni indecisiones, la victoria de los ideales a que murieran abrazados como a su cruz, en hora trágica y solemne para el porvenir de nuestras luchas. Pero no es tan óptimo el ejemplo como las determinantes de la azarosa vida proletaria, y a ello se debe atribuir esa conducta inconexa de las grandes masas, inclinadas a la veneración, pero desafectas al propio sacrificio, que suponen innecesario cuando no las acogotan situaciones insoportables.

He aquí como el proyecto de una mera y débil conquista en el plano de la actividad laboriosa, por parte de los creadores de las grandes riquezas y las fastuosas opulencias, los trabajadores, recibe su bautismo de sangre hace cuarenta y un años sobre el tinglado siniestro de un patíbulo, en que exhalan, con su último suspiro, la voz inmortal de los videntes cuatro figuras gallardas e integérrimas, anunciando el principio del fin de la civilización de los injustos, cuya decadencia, lejos de contenerse desde entonces hasta hoy, viene acentuándose en forma más alarmante para sus sostenedores, como lo acredita el mismo recrudecimiento de sus violencias para evitarlo. La jornada de ocho horas, insignificante aspiración de las clases laboriosas, si se tiene en cuenta la magnitud de los derechos a que tienen opción por su mismo rol de propulsoras y creadoras del progreso, tuvo esa gestación trágica y dejó sobre el camino de su conquista mucha carne anónima de mártires ignorados, antes de traducirse en una precaria realidad, que no mejoró visiblemente la condición de los parias, uncidos al carro de la explotación económica y la tiranía política.

Es que el círculo de hierro de la propiedad privada no se rompe imponiendo a sus detentadores tan solo condiciones de contratantes, sino aventándolo por el esfuerzo de los trabajadores, insubordinados contra el sistema milenario de la apropiación y el despojo del hombre por el hombre.

Tal era el santo y seña de los mártires invictos, que en Chicago ofrecieron la suprema ofrenda a los ideales de la bella igualdad social, exclamando, en la hora augusta de su agonía: "Nosotros los anarquistas, creemos que se avecinan los tiempos en que los explotados reclamarán sus derechos a los explotadores y creemos, aun más, que la mayoría del pueblo, los trabajadores de la ciudad y del campo, se rebelarán contra la burguesía de hoy. La lucha, en nuestra opinión, es inevitable" (Miguel Schawab desde el patíbulo).

"Si la muerte es la pena correlativa a nuestra ardiente pasión por la libertad de la especie humana, entonces yo digo bien alto: Podéis disponer de mi vida". (Oscar Neeb al ser ejecutado).

"Me acusáis de despreciar la ley y el orden. ¿Y que significan la ley y el orden? Sus representantes son los policías y entre éstos existen muchos ladrones. Aquí se sienta el capitán Schaack. El me confesó que mi sombrero y mis libros fueron robados por sus subalternos. ¡Ahí estáis, pues, vosotros defensores de la propiedad.

...Permitidme que os asegure que muero feliz, porque tengo la convicción de que cientos y miles de obreros a quienes he hablado, recordarán mis palabras y después de habernos ahorcado ellos harán explotar más bombas. En tal esperanza, os digo: desprecio vuestro orden, vuestras leyes, vuestra fuerza, vuestra autoridad. ¡Ahorcadme!" (Del discurso de Luis Lingg ante el Tribunal).

"Si queréis mi vida por invocar los principios del socialismo y la anarquía como yo los entiendo y creo honradamente haberlos invocado, a favor de la humanidad, os la doy contento y creo que el precio es insignificante ante los resultados grandiosos de nuestro sacrificio". (Palabras de Samuel Fieldem ante los jueces).

¿Veis qué clase de esperanzas animaban el alma inmensamente grande de aquellos intrépidos, dignos y altivos precursores de esta contienda homérica entre la luz y las sombras, la equidad y la injusticia, el vicio histórico y la virtud encarnada en una briosa concepción de la vida? Vale bien la pena agitarlas con la ardorosa pasión de los corazones capaces de traducir los ecos imperecederos de aquellas palabras proféticas, pronunciadas en ocasión de un holocausto incomparable.

El Primero de Mayo

FECHA histórica es. Cuarenta y un años hace que los trabajadores de Chicago, en un gesto gallardo y heroico, se declararon en huelga. No estaban organizados. El único lazo que los vinculaba era el dolor y los sufrimientos, la condición de clase explotada y vejada que servía de carne de cañón en todas las matanzas y el grado de conciencia más o menos informulada e instintiva que esa condición despierta.

Trabajaban doce horas; sueldo irrisorio que no daba para mal comer, fueron los motivos que empujaron a la huelga, unido al mal trato que de sus superiores recibían. ¡Y qué huelga y qué solidaridad reinó! Largos meses de hambre, atropellos de los esbirros del capital, amenazas de muerte y de expulsión, encarcelamientos sin cuento, todo con el propósito de rendirles, de quebrantar su ánimo. Más todo fué en vano. La sagrada llama del entusiasmo estaba encendida en los pechos y no había quién pudiera apagarla. Justamente creían que tenían derecho a una vida mejor, a un poco más de respeto y consideración por parte de los amos; querían salir de la condición de bestias de carga, mansas y sumisas, a que les fué relegando el sistema social capitalista. ¡Y vaya si salieron...! Largos meses de espera, de hambre, de frío y de miseria en las barracas improvisadas en las afueras de Chicago, constituyó la victoria, amasada con sangre y despojos humanos. Pero al fin, la ensoberbecida clase capitalista firmó la concesión de la jornada de 8 horas, oficialmente reconocida por el gobierno, marcando precedente esa conquista en los anales de la historia de las reivindicaciones proletarias.

Entre los centenares de compañeros detenidos fueron Spies, Parsons, Engel y Lingg. Se les acusó de ser los promotores de la huelga y los únicos responsables de todo cuanto acaecía. Las pérdidas capitalistas, que ascendían a varios millones, ya no se podían recuperar. Lo que podían hacer era exigir las cabezas de los detenidos y dar con ello una lección a los demás trabajadores, a los insurgentes trabajadores, para que no volvieran a repetir la hazaña. Y así fué. Después de un largo proceso que tensionó el ánimo de millares de pechos proletarios y que causó protestas internacionales, se les condenó por sus ideas a la pena de muerte.

Los jueces, fieles servidores de sus amos, los capitalistas, querían exigir a los compañeros citados que renunciasen para siempre a seguir propagando las ideas que en su mente rebullían.

—La muerte es la única que nos podrá hacer renunciar a propagar nuestras ideas —contestaron todos.

Esas palabras desconcertaron a jueces y patrones, a lacayos y verdugos. Se hallaban ante la indomable voluntad de hombres forjados en una lucha cotidiana, que poseían un temple excepcional y un incomparable espíritu de sacrificio.

La bilis de verdugos y lacayos rebosaba por todas partes. La válvula de escape gritaba: ¡ahorcadles, ahorcadles!... y el 11 de noviembre del año 1887 subieron a la horca los tres primeros, en la ciudad misma de Chicago, como tres héroes, despreciando las claudicantes ofertas que la canalla burguesa les hacía. Una ola de protesta internacional fué tomando cuerpo en los corazones proletarios y el clamoreo sórdido de estupor e indignación producido por tan vil y cobarde asesinato, llegó a las puertas mismas de Washington. ¡Pero ya era tarde: sus cuerpos ya pendían del macabro cadalso!...

A Spies, Parsons, Engel y Lingg, sucedieron en el martirologio millares más de proletarios. Desde 1887 al 1928, no queda un solo rincón en la tierra donde sangre proletaria no haya corrido en vindicativas luchas y haya servido de abono a la proliferación de las ideas.

La vieja Europa ha realizado masacres espantosas con el vano propósito de exterminar las ideas, juntamente con los expositores. Portugal, España, Francia, Italia, Alemania, Austria, Rusia, Bulgaria y la Argentina, desde días remotos dieron muestras de un canibalismo sin precedentes cuando de hombres de ideas se trataba. Los recuerdos de Santa Cruz, Barcelona, Sofía y Salaiovski, están demasiado cerca para olvidarlos. De Yanquilandia no hablemos.

La pisoteada libertad del año de 1986, arrástrase por el suelo en el año de 1928, a pesar de los torrentes de sangre derramados. Cuarenta y un años van transcurridos, período que según nuestra miope mentalidad, debía bastar para realizar en las mentes la labor de gestación y verificación de las ideas, en una buena parte del pueblo. La abstracta larva embrionaria, debía haber sufrido todas las fases de su desenvolvimiento, prestándose a actuar como un organismo que siente y piensa. Sin embargo, esos sentimientos y esa mentalidad superior que tanto ansiamos, no se ve por parte alguna, fuera de las minorías conscientes y revolucionarias, que representan, por así decirlo, la vanguardia del pensamiento humano, pero que no salen de minorías.

El 1ro. de Mayo para mí es un día como los restantes del año. Ocupando mi atención el presente y el futuro, me recuerdo muy poco de lo pasado. Comprendo que es una ingratitud mía para con los idos. Pero como el presente es trágico y doloroso y sus cadenas siguen ciñendo nuestro cuerpo como antaño, me ocupo más de romperlas que de rendir tributo a quien no lo necesita. Por eso me parece un absurdo crear nuevos ídolos, cuando aún no hemos destruído los viejos, y para mayor colmo, precisamente entre los que luchamos por destruirlos todos, sean del matiz que sean.

El 1ro. de Mayo pasó a ser para muchos, un día sagrado, como cualquier otro del repertorio apostólico romano. De manera inconsciente le rinden culto, le homenajean y aplauden, olvidándose de la cadena

que arrastran y de los motivos éticos y los impulsos sentimentales que le dieron origen. ¡No, compañeros, no es sólo el 1ro. de Mayo el día propicio para hacer propaganda y menos para practicar toda clase de excesos como en las famosas bacanales romanas!... Lo son todos los del año. Allí, dónde quiera haya un ser humano, hay donde hacer propaganda. El hogar, la calle, el campo, la fábrica, el taller, la mina y el barco, es nuestro campo de acción cotidiana, interrumpida.

Los espectros danzan. Las horcas se alzan macabras y los cadáveres penden de ellas, cual banderas siniestras flotando al viento... Los buitres les vaciaron los ojos y devoraron sus lenguas alargadas, picoteándoles la cara y el cuerpo todo. De aquel que fué un gran luchador, Spies, no queda colgando de la antena macabra más que el esqueleto; de sus dos compañeros, otro tanto queda. Sus esqueletos, impulsados por el viento, oscilan de una parte a otra como el péndulo de un reloj. Al aparecer Helios, sus sombras se proyectan de una grandeza inconmensurable en el horizonte de los tiempos, sumiendo en las tinieblas no sólo al régimen de los privilegiados, sino las aspiraciones proletarias, principiando los individuos a revolcarse en el cementerio donde yacen las cenizas del pasado y a nutrirse de ellas.

Los recuerdo por sus acciones y obras, pero no les adoro. ¡Ahí está mi herejía! Como esos que sirven de festín de gusanos, también sirvo yo de festín de burgueses y tú y el otro hasta sumar muchos millones, además de ser blanco de las manifestaciones esporádicas de la incomprensión popular.

Evitemos primero el servir de festín cuando tenemos movimientos animados, despojando nuestra alma de las nieblas hiperbólicas del pasado. ¡Ese creo sea el mejor modo de festejar el 1ro. de Mayo, sin amos y esclavos, sin dioses y creyentes: en plena LIBERTAD!...

A. ESTEVEZ.

Lo Simple y lo Complejo de un Problema Fundamental

EL problema social es esencialmente moral. No tiene ninguna atingencia con las tantas cuestiones de índole política o económica que agitan el panorama de la vida presente, absorbiendo la atención de los hombres. Sus soluciones no dependen tanto de posibilidades revolucionarias que operen un día dado un cambio profundo en las formas de producción y distribución de la riqueza, como de una trasformación de la mentalidad colectiva. El hombre no tiene sino lo que quiere, lo que es más grato a sus sentimientos, a sus ideas, o a sus preocupaciones. Es más fuerte en él la sensación de lo que vive y han vivido sus antecesores, que toda impresión renovadora, llevada a su ánimo por los más emotivos, más inquietos y audaces para formular teorías exóticas, no obstante las inconmensurables proyecciones de belleza, las majestuosas concepciones de libertad y la robustez de la filosofía que les sirven de base y de fuerza propulsora. Son más los que quedan en medio del camino, o vuelven atrás a poco de iniciarlo, que los que alcanzan la cima de las definiciones ideológicas, concretando en una aspiración rotunda, definitiva, todo el patrimonio de sus afanes y el caudal de sus energías. Definitivas, decimos, sin ninguna clase de reservas mentales, pues de la provisoriedad no viven sino los tímidos, por una especie de egoísmo que los torna especuladores del juicio, no decidiéndose por el todo, temerosos de perder la parte. Son conservadores de su propia pobreza.

En efecto, las rectificaciones no pueden ser hechas sino sobre el terreno de la experiencia. Y para las ideas nuevas, no brilló aun el día feliz de su experimentación. De ahí su indiscutible carácter de categóricas. En la balanza de los valores presentes sigue pesando más el prejuicio que la lógica; se inclina el platillo bajo la presión de los cachivaches de antaño y no por la gravitación de las concepciones renovadoras. Todos los elementos de uso histórico con que se ha alimentado el espíritu humano hasta deformar su sistema emocional, sobreviven y se imponen entre los conglomerados sociales, más vinculados, al parecer, con la idea de progreso. No es preciso un examen meticuloso para intuir el alma verdadera de los grupos de acción política y económica más orgullosos de su función social, que son los mejores exponentes de inferioridad ideológica con respecto al anarquismo, y por ende, de su impotencia para realizar una sola de las grandes conquistas a que aspira el pensamiento contemporáneo, representado por las ideas de superación de la vida, ampliamente definidas por la filosofía anarquista, cuanto más simplista, más vigorosa, porque no se va por las frondas de la metafísica y se nutre con la savia vital de las realidades pretéritas y presentes, obteniendo de ellas, no la desesperanza de rectificarlas, sino la inquebrantable convicción de que no pueden repetirse como una maldición de la historia, si es verdad que el hombre es el autor de sus destinos y no juguete de la fatalidad. Queremos significar que la realidad ilusttra, pero no convence; que puede servir de acicate a la voluntad creadora, no de obstáculo insuperable al propósito revolucionario de trasformarla. Siendo así, lo que menos conviene es "girar sobre la base de la realidad capitalista", como proponen idólogos en completa bancarrota espiritual, mentalmente gastados y psíquicamente muertos, pues implicaría renunciar a la labor perentoria e inaplazable de oponerle otra realidad superior: la de los sentimientos y de las concepciones, que requieren su órbita propia y necesitan ubicarla en regiones más altas, a las que no puedan alcanzar las salpicaduras de lodo de la vida burguesa para empañar su luz fulgurante.

Indudablemente, la maraña de los acontecimientos y de las situaciones, tan vasta y compleja, desde que la reacción capitalista consolidara sus posiciones, un tiempo vacilantes, y el mundo del trabajo depusiera sus acometividades para seguir el ritmo de las conveniencias del orden, debió sugerir consideraciones a los anarquistas capaces de desentrañar ese fenómeno ingrato con que se epilogara todo un período promisor, por su aspecto belicoso, de una pronta palinginesia social. ¿Pero acaso esa mutación rápida en el escenario de las actividades de clase acusa el fracaso de los ideales y de sus métodos de acción? Todo lo más que del hecho es dable sacar, son consideraciones menos optimistas que aquellas que animaran nuestras almas antes de la prueba de fuego a que fueran sometidas ambas fuerzas beligerantes: la reacción y la revolución. Si la primera resistió, no sin dificultad, a la pujanza de su contendora, en la hora más brillante de sus gestas, y se impuso temporalmente a su enemiga secular, es porque algo faltaba en el bagaje de guerra del proletariado insurgente, y esto fueron ideas. Al mundo viejo se le vencerá, justamente, con esas armas — las concepciones — o no se le vencerá nunca. La derrota se lleva en el alma, cuando no se concurre a los combates por la liberación de los hombres, más que con los puños crispados como emblema de las iras colectivas, despertadas por el dolor sufrido bajo un régimen despiadado de irritantes desigualdades. En alas del pensamiento debe ser conducida la imagen del porvenir, para colocarla sobre el altar de la vida nueva, previamente elaborada en la mentalidad de las masas irredentas, o no se irá a ninguna parte, fuera de "la base de la realidad capitalista". ¿Que las dictaduras han creado problemas no previstos? Mentira. Nunca hemos soñado en que la civilización burguesa se fuera del mundo sin despedirse en forma sangrienta. Significa mucho el hecho de haberla obligado a desandar su camino, erigiendo parapetos sobre terreno abandonado hace más de un siglo, para defenderse de las avanzadas de la revolución. Es que la democracia continuó abonando ese terreno mediante el culto de la autoridad, que supo extender muy sabiamente a la plebe, concediéndole el derecho a elegir entre sí los bonzos llamados a perpetuarlo desde las esferas del Estado. El socialismo, prestándose dócilmente a esa artimaña conservadora, puede reivindicar para sí la gloria de haber contribuído a prolongar por un tiempo más la vida del régimen, que hubiera perecido en los albores de este siglo si no lo apuntalara la adhesión de las multitudes al principio de autoridad y a la ética de él derivada.

No ha variado, pues, la posición del mundo frente al problema de la revolución destinada a revocar el sistema y sus consecuencias dolorosas para la vida de la especie. Apenas se ha conmovido sobre sus cimientos, para recobrar su equilibrio después de una breve crisis de la salud de las instituciones que lo representaran históricamente. De ahí la necesidad de hostilizarlo con mayor empeño, a los fines de apresurar su agonía antes que restañe sus heridas sangrantes, recibidas en los recientes combates por sostenerse sobre el terreno conquistado. Lo que ha sufrido variaciones fué la mentalidad de ciertos hombres — no de todos los hombres — del anarquismo, debido a esa propensión de los espíritus decepcionados a rectificar trayectorias cuando se fatigan subiendo la cuesta escabrosa de las grandes ascensiones.

Esto por lo que se refiere al fenómeno universalmente considerado, que por lo que atañe al propio ambiente, el hecho tiene determinantes de naturaleza bastante más mezquinas, y por lo tanto más repudiables.

José M. Acha.

Amor que Vence

Aquel sábado había terminado Luisa más temprano su trabajo; había entregado ya las costuras y hacía un momento que se hallaba en la puerta de calle y miraba calle arriba. De pronto apareció en la esquina inmediata Calcagno, un empleado policial que la perseguía y que a pesar de las negativas de la joven no cesaba de requebrarla y hacerle proposiciones deshonestas. Apenas lo vió, Luisa simuló que la llamaban y se fué para adentro. El galán de librea y espadín se detuvo frente a la puerta, esperó estirándose la chaquetilla y enderezándose la gorra; de repente giró militarmente sobre los talones y marchó con paso rápido calle abajo. Es que un nuevo personaje acababa de aparecer en la esquina y se dirigía resueltamente hacia la puerta por donde había desaparecido la joven costurera; no había duda: aquel era el motivo que alejaba de allí al policía. Luisa volvió a la puerta justamente cuando llegaba el nuevo personaje.

—¡Ay, Salvador! — exclamó la joven, gratamente sorprendida y ruborizada levemente al encontrarse su mirada con la del recién llegado.

—No debí llegar en este momento, ¿verdad, Luisa? — preguntó él en tono de amistoso reproche, aunque con un dejo de amargura.

—¿Por qué, Salvador? — inquirió ella ansiosa.

—Porque... — ¡Dígame que estoy equivocado! — en este momento hablaba usted con ese... con ese señor que se va.

—¡Oh, no que esperanza! No crea eso, Salvador — se apresuró a decir con firmeza la joven, tratando de convencerlo más con el gesto que con las palabras. — Le aseguro que se ha equivocado. ¡Si yo me escondí cuando lo ví venir! ¡¡Créamelo!...

—Perdóneme, Luisa. Como lo ví aquí... Después de todo — suspiró con amargura —él tiene el mismo derecho que yo... Perdóneme y no quede resentida. ¡Adiós, Luisa!— Y revelando en el gesto un hondo pesar se dispuso a retirarse.

—¡No sea así, Salvador! — clamó ella.— ¿Por qué se va? ¿Se ha ofendido? ¡Venga!

—¡No; qué me voy a ofender! Aunque usted me despreciara no me ofendería — aseguró Salvador volviéndose. — Pero — agregó—usted me conoce; usted sabe mis delicadezas; usted conoce algo mis ideas. Yo he llegado hasta usted para pedirle un poco de cariño a cambio de lo mucho que la quiero, y usted no me lo ha negado. Usted sabe que la quiero honestamente, santamente podría decir; usted sabe todo eso y mucho más, ¡y cómo no quiere que me duela y me aflija la presencia de uno de mis mayores enemigos cerca suyo!

—¡Pero, Salvador, no me diga todo eso, por favor! No me culpe a mí; yo no lo engaño. ¡Si no lo puedo ver a ese tipo!—expuso ella retorciéndose las manos con angustia.

—Lo creo, Luisa... No tengo más remedio que creerlo. Pero.. no estoy conforme con lo que me dice. ¡Soy un impertinente!

—No, Salvador. Usted tiene razón —dijo irguiéndose altiva y valerosa la joven, como herida por aquella quejosa amonestación. — Yo debo ser más franca con usted, con usted que me ha ofrecido su amor, y decirle por qué tolero a ese desgraciado, que sólo me persigue para perderme. Es a causa de mi padre; él le dió entrada en casa porque Calcagno le hizo dar trabajo en una panadería que se halla en huelga, y hace proteger con los vigilantes a los que van a trabajar. En casa estábamos muy pobres y mi padre gastaba en bebida todo lo que yo ganaba. — Un profundo suspiro dilató el pecho de Luisa, y como si aquello la hubiese aliviado de un peso enorme, continuó con más tranquilidad: —Desde entonces, para mi padre no hay mejor amigo que ese tipo; todas las tardes se juntan a tomar la copa, y yo tengo que soportar ssu borracheras y las impertinencias de ese odioso. — Y la joven se llevó la blonda del delantal a los ojos enjugando una lágrima que le había hechob rotar esa confesión.

Salvador le tomó una mano, que ella le abandonó condescendiente, y como hablando consigo mismo, habló él, compasivo:

—¡Pobre víctima! Víctima de una doble canallada: la de un padre degenerado que traiciona a sus compañeros de trabajo y la de un sátiro que se escuda en el uniforme policial para satisfacer sus bestiales apetitos. No me diga más, Luisa, lo sé todo, lo comprendo todo. Y ahora que lo sé, le prometo no abandonarla. ¡Mi pecho será el refugio de su aflicción!

—¡Gracias, Salvador! ¡Cuánto le agradezco! Ahora seré más feliz, porque creo en lo que me promete. Yo nada puedo prometerle...

—¿Ni su amor, Luisa?

—¡Oh, mi amor sí!

—¡Eso me basta! Su amor: ¿qué más puedo pedir? Mi corazón, huérfano de todo afecto familiar ya no estará solo.

Y en la penumbra del zaguán, ya invadido por las sombras, el luchador por las reivindicaciones obreras y la costurerita perseguida por dos degenerados, sellaron aquel pacto con un juramento, con un solemne y prolongado beso.

Por su lado pasó en ese momento, tambaleándose, el padre de Luisa. Ya en el patio comenzó a proferir rugidos con la voz ahogada por el aguardiente:

—¡Luisa! ¡Luisa! ¡Mala pécora!

—¿Oyes? — dijo Salvador con ira mal contenida. — ¡Uno de tus verdugos!

Y comol a joven tratara de apartarse para ir al llamado, agregó con imperio:

—¡No lo atiendas! Yo no puedo permitir que te injurien.

—¡No, Salvador! Después será peor; ¡me pegará!

—¿Pegarte? — y el joven rodeó con su brazo la cintura de su amada como para protegerla y levantándole la cabeza que Luisa había inclinado, atribulada sobre el pecho, inquirió resuelto:

—¿Me amas, Luisa, y confías en mí, verdad?

Ella asintió bajando la frente; él agregó:

—¿Es lo mismo para tí unirte conmigo hoy que mañana?

—¡Luisa! ¡Putana de la madonna!—continuaba el borracho allá adentro.

—Vámonos ahora mismo, querida — propuso Salvador. — Abandona a esa bestia que te ha tocado por padre. Déjalo que se ahogue en un barril de caña, que es lo que

LOS ELEFANTES (A la memoria de F. Ferrer)

MARCHAN con sus andares pensativos y oleosos
como las multitudes — rumiando silenciosos
la distancia de aquellos amplios bosques distantes
que los vieron cachorros, juguetones y briosos
y aguardan su retorno — los viejos elefantes.

Los ojos impregnados de una tristeza amarga,
las trompas desmayadas al peso de la carga
bajo los pabellones de sus grandes orejas
colgantes, que el cansancio de la existencia embarga,
parecen de la inopia las formidables quejas.

Sus piernas avanzando como troncos de hitabos
que algún mandato extraño moviera, ante los rabos
pelados como látigos, diríanse en la sombra
del crepúsculo, lentas procesiones de esclavos
hollando del camino la polvorosa alfombra.

Esclavos son. La fuerza terrible que almacena
su contextura atlética, se dobla a la condena
de la audacia del hombre, muñeco desmedrado
que asombra con su alarde y a su alarde encadena
los más recios vigores que a su paso han brotado.

¡Pensar que aquellas moles cuyo empuje invencible
podría ante su marcha derrumbar lo imposible,
resignan su entereza para aceptar los yugos
que pone a sus impulsos la sed inextinguible
de una arrogante raza de locos y verdugos!

¡Pensar que por ignoto secreto de la vida
una tal fortaleza que debió ser temida
abatió sus arranques naturales, medrosa,
cuando pudo a sus plantas tener desvanecida
la violencia que el miedo cree todo poderosa!

Libres los elefantes en la naturaleza
nacen, crecen y viven, sintiendo la grandeza
de su poder; los bosques tiemblan a sus bramidos;
y allí por donde pasan rompiendo la maleza,
los troncos de los árboles quedan sobrecogidos.

Mas pronto el cautiverio los ata; en traicioneras
emboscadas los cazan, y arriando sus banderas
—las trompas—se someten resignados y mansos.
Parecen cataratas espumantes y fieras
que cayeran vencidas en tranquilos remansos.

Soportan luego todos los pesos abrumantes,
las hambres, las jornadas penosas y distantes,
la vida sin halagos de amor, y las extrañas
piruetas que degradan sus cuerpos arrogantes
que copian los contornos de todas las montañas.

Son dulces como niños, amantes de las flores,
aspiran la delicia de todos los olores
y tienen en sus gustos los caprichos más varios:
son generosos, fingen gravedad de señores,

Parece que comprenden los dolores humanos,
fraternizan con ellos, acarician las manos
que se les adelantan llevando un agasajo.
Valientes y sufridos, son nobles veteranos
de todas las gloriosas contiendas del trabajo.

Y no se reproducen esclavos. Gran misterio!
Dijérase que estériles los torna el cautiverio.
Sin sol, la vida trueca su actividad jocunda
en la desesperante quietud del cementerio;
sin libertad, la vida no crea y no fecunda!

Asombra que en la noche de su éxodo infinito
sordos a todo acento, sordos a todo grito
del duelo de su raza humillada y proscripta
—como si obedecieran consignas de algún rito
religioso o patriótico—con crueldad inaudita

discurren por los bosques audazmente adiestrados
en juegos de perfidia por el hombre inventados,
para cazar sus mismos felices semejantes
y atarlos al destino a que ellos van atados
robándoles la dicha que ellos perdieran antes!

Algunas veces, pocas, los elefantes braman;
levantan su dormida virilidad, e inflaman
la cólera inextinta que vela en sus entrañas.
Dijérase que erguida su dignidad, proclaman
el derecho al disfrute de sus caras montañas.

Aisladas rebeliones son esas, sus furores
—marcados con la muerte de algunos domadores—
muy pronto desfallecen para rendir sus bríos
ante el ankus que esgrimen los nuevos conductores
como los otros duros, y como ellos impíos.

Ha de llegar, empero, para los elefantes
una hora luminosa; desde sitios distantes
convergerán a un punto las legiones esclavas,
y desde allí marchando soberbias, delirantes,
con rumbo hacia las selvas nativas, como lavas
voraces que viajaran diezmando una ladera
arrollarán con todo lo que antes ofreciera
obstáculo a su paso, y horadarán el monte
de sus esclavitudes, y en una primavera
de amor, irán en triunfo camino al horizonte.

Tal avanzan los pueblos, los tristes elefantes
humanos, silenciosos, pasivos, jadeantes...
En todas las ingratas jornadas de la Historia,
han levantado el polvo sus marchas ondulantes
buscando los mirajes de una dicha ilusoria.

Atados con los hierros de muchos fanatismos,
tirando de la carga de sus anhelos mismos,
sin nada que les hable de amor y de esperanza,
descienden a las simas de todos los abismos
rumiando turbios sueños de rabia y de venganza.

Esclavos infecundos, no tienen ni el derecho
de procrear sus iras; los déspotas han hecho
pastos de la metralla los hijos de su halago.
Son carne de miseria, son carne de desecho
que rueda en las pendientes del vicio y del estrago.

Juguete lastimoso de públicos juglares
llevan a sus espaldas millares y millares
de parásitos; bailan en las cívicas ferias;
y al lado de sus grandes prestigios musculares
arrastran las cadenas de todas las miserias.

Quién no ha sentido el vértigo de las renovaciones
al ver en un camino compactas procesiones
de gentes avanzando detrás de un estandarte?
Al sólo empuje altivo de tantos corazones,
¿qué fueran las murallas del más firme baluarte?

La fuerza arrolladora que está en las multitudes,
lanzada de la vida por sus anchos taludes
¡quién sabe a qué confines llevará su energía!
vorágines de culpas mezcladas con virtudes
¿a dónde nuestro mundo vetusto llevaría?

Y sin embargo, duerme; y sin embargo, calla
ante las tradiciones que son la débil valla
con que los amos ponen medida a sus ardores,
y dobla la cabeza servil ante la tralla
que agitan en los aires audaces domadores.

Allá de tarde en tarde, clarines descontentos
convocan a la lucha; creciendo por momentos
el mar de las hirsutas borrascas populares,
arranca fortalezas, destruye monumentos,
y mata los verdugos y rompe los altares.

Un día es de Inglaterra la conmoción, y luego
la Francia y las Américas se encienden en el fuego
que corre por los cauces del humano delirio.
Italia rompe el báculo del teocratismo ciego
y Rusia alista palmas para ornar su martirio.

La fuente inextinguible de la sangre española
susurra sus canciones de guerra ante la ola
que azota las riberas de todos los océanos.
Portugal desata sus cóleras, e inmola
la potestad divina de su viejos tiranos.

Mas todo en balde, acaso aislados movimientos
tumbaron nunca el cerro que burla de los vientos
la pugna sostenida? Los pueblos se debaten
en la incesante lucha de todos los momentos;
los unos a los otros se arruinan, se combaten,
y en vez de hacer un sólo pendón de sus banderas
y de fundir en una las múltiples fronteras
que estorban el avance de su soberanía,
se acechan en la sombra rugiendo como fieras
mientras sobre sus odios se alza la tiranía.

Y al fin de sus furiosas revueltas intestinas
se elevan nuevos sátrapas, surgiendo de las ruinas
sangrientas de los tronos, y los pueblos errantes
prosiguen, bajo el látigo, sus marchas peregrinas
de tristes, de cansados, de eternos elegantes.

¡No importa! Vendrán tiempos de rendención; acaso
no estén lejanos. Surgen del vientre del fracaso
los nuevos Jesucristos del acratismo, y ellos
harán que fraternicen del oriente al ocaso
los pueblos oprimidos. Ya asoman los destellos
del sol, que iluminando la tierra extremecida
por el glorioso impulso de enorme sacudida,
hará que de su incuria la humanidad despierte
y entone marsellesas robustas a la vida
por sobre los derruídas bastillas de la muerte.

Entonces la violencia, rodando hasta el abismo
de su propia ignominia, recibirá el bautismo
del odio, que en las manos del porvenir fulgura;
y muerto para siempre jamás el patriotismo,
no apresará en sus garras la humanidad futura.

José María Zeledón.

merece. Y así, altiva y valerosa, sin miedo al porvenir, huye con tu amado. Deja este lugar de corrupción y de bajeza. Conmigo no será enteramente feliz, porque no tengo más que mi trabajo; pero tendrás mi amor y la consideración que mereces.

Y rodeando suavemente con su brazo el talle de su amada, salieron a la calle, cerrando la puerta con precaución y marcharon.

—¡Luisa! ¡Mala pécora! — llegó hasta ellos todavía la voz apagada del borracho.

—¡Salvador mío! — suspiró Luisa y se asió más fuertemente al brazo de su amado. — ¿Adónde vamos?

—Hacia el porvenir, amada mía! ¡Hacia la libertad!

Héctor MARINO.

¡LA PAZ!

¡PIRAMIDAL, sublime palabra, que con su corta expresión llena de gozo nuestros corazones y tonifica el espíritu de todo ser humano que aspira a vivir una era de amor y felicidad!

Sublime palabra, en nombre de la cual, cubriéndose con su velo, los hombres encienden las más horrorosas guerras.

En nombre de la paz viénese hablando sin cesar, sin que un solo día transcurra desde 1914 hasta hoy. Los grandes y pequeños rotativos mundiales, las grandes agencias telegráficas de todo el mundo, atronan nuestros oídos con el problema de la paz.

Las grandes potencias europeas y la democrática Norte América, no descansan organizando conferencias de desarme y otra multitud de reuniones internacionales para tratar el problema de la paz.

En estas pomposas conferencias europeas que acuden los hombres más eminentes de la política y la banca mundial, se pronuncian grandilocuentes discursos invocando la paz, y hasta Chamberlain ha llorado en Locarno ante la elocuencia formidable de Briand.

Las toneladas de verborrea se gastan sin tasa. En las solemnes sesiones plenarias, todos los representantes de las grandes potencias coinciden absolutamente en los anhelos de paz.

Cuando una de estas solemnes sesiones se da, el mundo recibe la sensación de que se va a hacer algo práctico en el camino de la paz. Vana ilusión, sin embargo. Al siguiente día se reunen las comisiones de técnicos, y aquella uniformidad de criterio expresada por los jefes de delegaciones el día anterior, se esfuma de una manera asombrosa.

Aquéllos tienen la misión de vendar los ojos de los pueblos con la fuerza de su personalidad y de su elocuencia, y éstos la de velar por los intereses del estado, que constituyen la antítesis de los intereses del pueblo.

Y mientras estas conferencias se celebran, mientras los pastores ofrecen a sus rebaños la panacea de la paz, los arsenales redoblan la construcción de buques para la marina de guerra y las fábricas duplican la construcción y perfección de la maquinaria de destrucción.

Las ventajas que todo este tinglado de conferencias de desarme venimos obteniendo, consisten en la construcción de un acorazado de menos por la de cuatro cruceros submarinos o aeroplanos de más.

Al son de la paz, el círculo negro de la muerte y del crimen extiéndese por todo el mundo. Detrás de la elocuencia pacifista de las grandes eminencias, está la locura y la carcajada del Diablo.

Mientras tanto y tanto se habla de la paz, miles y miles de chinos y europeos se están hablando a cañonazos y de igual manera se pretende entender en Nicaragua indígenas y yanquis.

El coloso yanqui, mientras invita a Europa a la conferencia de desarme, usa como único lenguaje el cañón en Nicaragua y ofrece a Méjico la misma forma de parlamento. Mientras pretende arreglar a la vieja Europa, velando por sus derechos de los pequeños pueblos, somete a su poderío, enseñando a cada paso sus garras de titán, a Puerto Rico, Filipinas, Guam, Cuba (protectorado virtual), Panamá, Santo Domingo (inspección financiera) e Islas

SILUETAS REVOLUCIONARIAS

Cristian Cornelissen

I

DESDE la formación del sistema económico moderno, o sea desde la centralización técnica de las industrias y la generalización de las necesidades de los consumidores, dos tendencias se manifiestan: la una quiere confiar a un organismo central, el Estado, el derecho de asumir la entera responsabilidad de la producción y el cuidado de inspeccionar el reparto de los productos, eliminando o subordinando las iniciativas individuales; el otro se esfuerza por asegurar a los productores una absoluta libertad en la preparación, el lanzamiento y la gerencia de las empresas, así como de facilitar a los consumidores la libre satisfacción de sus necesidades.

Entre el socialismo que resigna al Estado el cuidado de asegurar, aún cuando fuere a pesar suyo, la felicidad de los hombres, y el liberalismo que pretende que el progreso no puede realizarse más que por la libertad, se abre un abismo que contribuye a ensanchar la lucha constante y paralela de los obreros deseosos de emanciparse del yugo de los capitalistas que arrebatan su poder de producción.

Según su temperamento o sus intereses, determinados liberales y ciertos socialistas se colocaron de parte de los proletarios y entraron en lucha contra los de su secta que defendían el régimen existente. Así, vióse aparecer socialistas partidarios de la tiranía monárquica y de la propiedad privada, como Rodbertus, y liberales revolucionarios como Proudhon.

Por el resplandor de su genio, por la resonancia de sus querellas, atrayendo sobre sus obras y su vida la atención mundial, un hombre debía incitar el público a creer que el socialismo no podía ser sino subversivo y hostil a la propiedad individual. Karl Marx iba a convertir para lo sucesivo, por consecuencia de una confusión lamentable, el socialismo sinónimo de revolucionarismo.

A partir de entonces, los éxitos del socialismo iban a confundirse con los del proletariado y sus fracasos o sus yerros, revestir pesadamente sobre la clase obrera. Frente a una doctrina económica burguesa, esforzándose en ocultar o defender las taras del capitalismo, Marx quiso levantar una economía proletaria, demostrar de que modo la clase posidente vive a expensas de los asalariados gracias a los resultados del cambio. Pretendió que el salario del obrero es estrictamente igual al valor de los bienes indispensables a su sostenimiento.

Por la venta de los productos, el capitalista percibe el valor creado por el trabajo y beneficia de la diferencia (o plus-valía) que existe entre ese valor y el salario pagado. Tras una serie de catásttrofes, el socialismo ocupará el sitio del régimen actual y la propiedad de los instrumentos de producción se reintegrará a los trabajadores. El liberalismo cederá ante el estatismo.

Ahora bien, las dos bases del marxismo se desmoronan y vienen abajo.

Por su ejemplo y sus escritos, Proudhon evidenció que el liberalismo podía ser también una doctrina revolucionaria, de ayuda y contribución a la emancipación del proletariado. Y bajo los golpes del mismo Marx y de sus adversarios burgueses, el marxismo se hundió. Marx hubo de reconocer que su ley del valor del trabajo "está en contradicción evidente con toda experiencia fundada sobre las apariencias". Los esfuerzos de Bernstein y de Sorel para poner remedio a la descomposición del marxismo, no sirvieron sino a establecer la penetración intelectual de Proudhon y la justeza de las teorías anarquistas (liberalismo revolucionario), según las cuales la explotación de los trabajadores y la consolidación del capitalismo no resultan solamente de la opresión del proletariado, sino de un concurso de fenómenos económicos.

El resultado fué el triunfo momentáneo de los economistas burgueses que pretendieron que el fracaso del marxismo probada perentoriamente la imposibilidad científica de criticar el régimen actual.

Por lo tanto, era necesario, para los revolucionarios, el volver a emprender, sobre otro plan, con otros procedimientos, la defensa de los salarios. Esa fué la obra de Cristán Cornelissen. Cornelissen estableció, en primer lugar, que la economía política es una ciencia; y para situarse claramente, intituló su libro capital "Tratado general de ciencia económica" (1). Una ciencia tiene por objeto el investigar las leyes generales por el análisis de los hechos particulares y de verificar la exactitud absoluta en el tiempo y el espacio de lasleyes descubiertas. Por consecuencia, ella no puede servir de pretesto a discusiones políticas. No se deben considerar como científicas reglas formuladas a **priori** y apuntaladas por hechos imaginarios y mendaces. La teoría de Marx, henchida "de abstracciones metafísicas, claramente contradicha acá y allá por los hechos sociales reales", como la de los utilitarios burgueses quienes "harto a menudo y abusivamente han partido de ciertas causas primeras y generales para explicar por ellas todos los fenómenos sociales" no presenta, pues, ningún carácter científico. La economía política es, pues, una ciencia, ya que sus indagaciones e investtigaciones son revisables y permiten deducir el futuro de lo cierto con una gran exactitud.

Pero el examen de los fenómenos económicos no sería completo si se descuidase preconcebidamente la influencia sobre ellos de la política o de la psicología. La ciencia económica es una rama de la sociología. La evolución de las costumbres influye sobre la distribución y la fabricación de los productos. No se comprende enteramente el movimiento económico sino conociendo el desarrollo de los hechos sociales y recíprocamente. Es de este modo como el análisis del valor del salario, del capital permite el ayudar a los trabajadores, denunciando las causas de su opresión, las leyes que rigen esas causas, los medios de paliar los efectos.

Colocando la economía política, sobre un plan científico por encima de las controversias, situando esta ciencia particular en la sociología, mostrando que ella es solidaria de todas las demás ciencias, Cornelissen ha descartado definitivamente, demagogos y publicistas burgueses y facilitado a los trabajadores argumentos irrefutables de que podrán servirse, echar mano en la lucha de clases.

II

Toda ciencia reclama métodos apropiados. Es siempre del valor de los métodos de lo que depende el porvenir de una ciencia. Por esto se comprende el interés que empuja a Cornelissen a buscar las que son indispensables a las investigaciones económicas.

Aún cuando sienta repugnancia por los procedimientos aprioristas, no rechaza enteramente el método deductivo que procede de un principio abstracto. Pero estima que si no se quiere perder el contacto con la vida real, no hay que aplicar más que con cierto escrúpulo ese método que "debiera haber permanecido en la ciencia conómica, el auxiliar del método inductivo: el principal". Es sobre todo por la observación reflexiva de los fenómenos que se debe inducir las leyes generales.

Por eso, bueno será desconfiar de los procedimientos matemáticos recomendados por algunos liberales burgueses, como M. Aupetit, antiguo secretario del Banco de Francia. Al imaginar un "hombre abstracto" sometido solamente a la acción del número, sin deseo ni voluntad, a fin de poder solucionar por ecuaciones los problemas que suscita la actividad humana, los partidarios de los métodos matemáticos, apartaron la economía de su dominio propio; confeccionaron así una teoría reposando sobre abstracciones. Trabajaron en el vacío y sus indagaciones no condujeron a ningún resultado. No ha sido realizado descubrimiento económico alguno con la ayuda de su método.

Por contra, "los estadísticos y los economistas pueden y deben colaborar para llegar a la inteligencia de los fenómenos sociales generales".

Aprovechándose de los documentos considerables reunidos por la estadística en estos últimos años, Cornelissen ha podido extender el campo de sus investtigaciones, verificar sus propias observaciones, eliminar lo que le parecía tendencioso, comparar y estimar cada cosa en su verdadero valor. Por la observación, la comparación y la inducción, ha llegado a formular su teoría del valor del salario y del beneficio.

III

Las consecuencias de la noción de valor se manifiestan en todas las fases de la actividad económica, pues que una de las características del hombre es la de **medir** su esfuerzo, su necesidad, su interés. Comprendese que el interés del obrero es, frente al patrono, de sobrestimar el valor de su trabajo y que el del consumidor es de desestimar ante el comerciante el valor del producto que desea adquirir. Más en uno y otro caso, obrero y consumidor deberán, en sí mismos y para ellos, medir el valor de su trabajo o de su necesidad. La importancia práctica de esta idea explica las luchas empeñadas a su respecto por los liberales burgueses y socialistas revolucionarios.

De una noción puramente comparativa en lo que en ella expresa una correspondencia de cosas entre sí o de las cosas evaluadas con el hombre, estos quisieron hacer una medida precisa, determinable. Buscaron una unidad de valor como se ha buscado una unidad de longitud, sin observar que el hombre no es un elemento fijo, inmutable como terrestre.

En su deseo de hacer la apología o la crítica del sistema actual, pasaron por alto factores esenciales, desnaturalizaron fenómenos, construyeron leves desmentidas por la realidad.

Los representantes del capitalismo, los utilitarios, tuvieron demasiado en cuenta, según la expresión de Cornelissen, "de los solos cambios en las necesidades personales de los consumidores y en la escasez de los bienes". Trataron de probar que la limitación de los bienes hace imposible su apropiación por todos. Por otra parte, Marx al decir que el empleador debe reducir el trabajo personal del obrero, "del trabajador abstracto", para medir con precisión la plusvalía y de acapararla, se alejó de la realidad. En efecto, como lo declara Cornelissen, "no hay más que calidades de trabajo de una intensidad determinada, ejecutada durante un período determinado y en condiciones técnicas dadas". Porque polemizaban y consideraban los hechos económicos como vulgares instrumentos políticos, los econmistas burgueses y revolucionarios no tuvieron más que nociones fragmentarias de la teoría del valor, sin conseguir alcanzar a descubrir las leyes.

En el estudio consagrado a los anarquistas en **l'Histoire des doctrines économiques**, Bist pretende que estos se despreocupan de las leyes del valor. Sin duda piensa en los estudios de Juan Grave acerca de esa cuestión, pero olvida que si este último es un publicista de talento, no posee ninguna cultura y conocimiento científico alguno. En todos los tiempos, por el contrario, los anarquistas examinaron los principios del valor; y aún eso mismo fué la interpretación de esos principios, lo que enzarzó Marx y Proudhon, por la primera vez.

Quedaba aún a un anarquista, Cornelissen, el despejar con claridad el conjunto de la teoría.

Es preciso distinguir, dice nuestro autor, diferentes formas de valor. Según que enfoquemos la utilidad personal o social de un objeto, el coste de su producción por el mercado o el interés que ofrece para el cambio, nos hallaremos en presencia del valor de uso, de producción o de cambio.

Estudiando solamente una de las formas del valor o confundiéndolas todas de intento, para sostener sus doctrinas aprioristas, los economistas anteriores impidieron todo descubrimiento con ese dominio. Luego entonces, declara Cornelissen, "en lo que concierne al valor de las riquezas, la ciencia económica tiene como misión el análisis de ese valor en el doble punto de vista de las necesidades humanas y de la producción del mercado moderno". El hombre bajo el régimen que fuere, sentirá la necesidad de medir la cantidad y la calidad de su trabajo, la violencia y la utilidad de sus necesidades, al objeto de evitar el despilfarro de sus fuerzas y satisfacer razonablemente sus apetitos.

Por contra, en una sociedad comunista, en la que la fabricación no será ya más realizada con vistas al mercado, sino con miras al consumo, el valor de cambio no tendrá más razón de ser. Y es lo que señala Cornelissen: "El valor de cambio es la forma de valor característica de un período de civilización basada sobre la propiedad privada y sobre el cambio de los productos y de los servicios entre los miembros de la sociedad obrando por su cuenta personal. Es, pues, una forma de valor ligada a una forma determinada de sociedad." ¡Descubrimiento capital! Es en efecto volviendo el valor de uso o producción al valor de cambio, afirmando que no se produce más que para el mercado y que el trabajo debe ser remunerado solamente en función del beneficio, como los economistas burgueses explican y sostienen la explotación metódica del proletariado.

IV

"El valor de cambio del trabajo y el precio de la compra del trabajo "el salario" tienden a coincidir, bajo el régimen capitalista, con el coste de entretenimiento habitual, durante un período de producción y en un medio social determinados, a la categoría obrera límite cuya norma de vida es la más baja y en que los asalariados hallan

(Continuará)

A. DAUPHIN-MEUNIER

(1) "Traité général de science économique", par Ch. Cornelissen. Cuatro volúmenes aparecidos; el quinto, en preparación. En venta, en la Librería Internacional.

Vírgenes, con un total de 17 millones de habitantes.

Indudablemente estamos sobre un volcán cuya lava amenaza constantemente cubrir al mundo.

¿Cómo atajar este mal que avanza a paso de gigante?

Los socialistas franceses ofrecen al mundo la terapéutica adecuada. Nada de desarme ni de grandes ejércitos; para mantener la paz, el mejor remedio es militarizar a todo el mundo.

Grandes y pequeños, viejos y jóvenes sin excepción, deben constituir la milicia para defender al país.

La ciencia de Paul Boncour asombrará al mundo. Ya no hay vanguardia ni retaguardia. Igual peligro corre el que está en la línea de fuego que el que está a cien kilómetros de distancia. En concepto de Boncour, la aviación y los gases asfixiantes caerán atrás como adelante en la guerra moderna.

Suponemos que Boncour hablará con cuenta y razón y tomará sus medidas para el buen éxito de su obra; al menos suprimirá las caretas contra los gases y los cañones antiáreos para que todo el mundo comparta el peligro.

¡Oh! Qué poderoso remedio se ofrece al mundo para el mantenimiento de la paz. De ahora en adelante nadie se atreverá a meterse con la Francia, sabiendo que sus cuarenta millones de habitantes están dispuestos a defenderla.

¡Magnífico ejemplo! Alemania seguirá la misma trayectoria y militarizará sus ochenta millones de habitantes. Todas las naciones seguirán el ejemplo.

Y desde ahora en adelante los pueblos recibirán una educación guerrera como símbolo de paz y fraternidad.

Y como la educación es la base fundamental para formar una conciencia, la conciencia de los pueblos en vez de educarse en un principio de paz, amor y fraternidad, se educará en un principio de patriotería mal entendido, en un principio de guerra, y los pueblos en vez de lanzar sus ejércitos a la guerra, se lanzarán en masa unos sobre otros para que la carnicería sea más horrorosa.

Pero así y todo, no dejará de haber emboscados, entre los que contemos los Boncour por millones.

¿Cuándo despertarás, pueblo, y arrojarás por la borda a tanto socialero que te engaña, ya que sus malignas afirmaciones nos las cauteriza la lengua?

SEGBLA.